

Que crea en su mal,  
Mil vueltas que al cabo  
Confundenle mas.  
La historia es del viejo  
Terrible verdad:  
De sangre fermenta  
Entre ambos un mar.  
Lejos tantos años  
Del suelo natal,  
Lo supo él tan solo  
De oirlo contar.  
El, rico de ciencia,  
Campeón de la paz,  
Que ve de la vida  
En el campo erial,  
Tan solo una flor  
Fecunda no mas,  
La flor que produce  
La fé conyugal,  
La paz del tranquilo  
Doméstico hogar:  
El, que por do quiera  
Buscándola va,  
Que deja por solo  
Su aroma gozar,  
Riquezas, honores,  
Privanza real,  
Y cuanto en el mundo  
Se puede envidiar:  
El, que huye dejando  
Princesa imperial,  
Por no ver en ella  
La felicidad;  
Que ve de su dicha  
La flor ideal,  
Fragante á sus plantas  
Su tallo elevar,  
Y á asirla se mira  
Tan próximo ya,  
¡Ay! ve que es solo esta  
La flor celestial  
Que al campo en que arraiga  
No puede arrancar.  
Del viejo ofendido  
Calcula ademas  
La altiva y heróica  
Generosidad.  
Sí; el triste á una aldea  
Se vino á llorar  
Su sangre vertida,  
Su hurtado caudal;  
Su dicha con que otros  
Gozándose están.  
Y cuando podia  
Venganza tomar,  
Pues á él á sus manos  
Le trajo Satan  
(Como él se lo dijo  
Con harta verdad,  
Contar esperando  
Con un crimen mas);  
Le ofrece en su lecho  
La seguridad;

Le sienta á su mesa,  
Le sirve leal.  
Y en paz recibíendole,  
Le deja ir en paz,  
Y él ¡cómo le paga  
Tan gran lealtad?  
De amor insensato  
Se deja arrastrar  
Por Flor, con quien nunca  
Unirse podrá.  
¡Oh! ¡hallar en tal caso  
Gentileza tal  
En tal enemigo,  
Y ciego atentar  
A la honr. de su hija  
En su alma beldad,  
Es ser de una infame  
Vileza capaz.

Y con tales pensamientos  
Batallando sin cesar,  
Midiendo las consecuencias  
Que aquella casualidad  
Para el venidero tiempo  
A su porvenir traerá,  
No ve que vuelan las horas  
El apenado galán.  
Pegado se está en un tronco,  
Del soto en el valladar:  
Y distraidos sus ojos,  
Como por oculto iman  
Atraídos por los muros  
Del palacio, sin variar  
De direccion, enclavados  
En el edificio están.  
La lobreguez de la noche,  
Que en cerrada oscuridad  
Envuelve toda la tierra,  
Ver no le permite ya  
Mas que una masa de sombra,  
Porque rauda tempestad  
Por el espacio avanzando,  
Ahogó el nocturno fanal  
De la luna, que camina  
De los nublados detras.  
Con ráfagas desiguales  
Empieza el aire á agitar  
Las ramas, que pronto el raudal  
Torbellino arrancará.  
Ya está encima, la veleta  
De la torre, casi va  
Desde el monte en que se eleva,  
Con las nubes á tocar.  
Brilla un relámpago enorme,  
Y á su roja claridad  
Se ilumina todo el valle,  
Por un instante fugaz,  
Y en este mismo momento,  
El reloj, que empieza á dar  
Las tres de la madrugada,  
Con sus ecos de metal,

Atrayendo de las nubes  
La inmensa electricidad,  
Hizo la tormenta horrible  
Sobre el valle reventar.  
Rasgóse el preñado vientro  
Del nublado: el vendabal  
Lanzóse fuera, amagando  
Las campiñas arrasar:  
Brotó la lluvia á torrentes;  
Fué la tierra un cenagal;  
Los arroyos en un punto  
Hizo en torrentes cambiar;  
Y cada valle fué un lago,  
Cada cuesta un manantial,  
Cuyos raudales inmensos  
No osa la tierra tragar,  
Porque no pueden sus poros  
Con tan gigante caudal.  
Y sus pesares Don Pedro  
Dándose prisa á apartar,  
Olvidando el mal del alma  
Con la afliccion corporal,  
Lanzóse sobre los lomos  
De su potro, y con afán  
Ambos á dos acicates  
Aplicándole á la par,  
Arrancó á escape tendido,  
Con tanta velocidad,  
Que en su ímpetu parecia  
Arrastrarle el vendabal.

El dia siguiente,  
Purísimo el sol,  
Cual siempre con lumbre  
Serena radió.  
Tormenta de estío,  
Temprano calor  
Formóla, y en furia  
Ligera pasó.  
El cierzo deshizo  
Su pronto turbion,  
Con soplo pujante  
Llevándola en pos:  
Y seca la tierra,  
Sus lluvias sorbió  
Despues de pasado  
Su inmenso aluvion.  
Del sol á los rayos,  
Tornóse en vapor  
Gran parte, que al punto  
El aire llevó.  
Tornaron los campos  
Con nuevo vigor  
A alzar las espigas  
Que el viento abatió;  
Tornó á embellecerse  
Con nuevo verdor  
La yerba y el césped  
Que el agua embarró.  
Tornaron los olmos  
El grato rumor  
A alzar de sus hojas,  
Que el aura enjugó:

Y oyendo en sus nidos  
Su lánguido son  
Las aves, que el fiero  
Nublado espantó,  
La luz saludaron  
Con dulce clamor,  
Lanzándose al viento  
Con vuelo veloz.  
La atmósfera entonces  
Mas pura quedó,  
Sin mancha de nubes  
Su azul estension.  
El pueblo á sentirse  
Con vida tornó.—  
Cediendo al instinto  
Su buen corazón,  
A ver los sembrados  
Salió el labrador:  
De fieles podencos  
Seguido, el zurrón  
Repleto, á los sotos  
Volvió el cazador.  
Y abriendo el aprisco  
Do se guareció,  
Tornó sus rebaños  
Al monte el pastor.  
Y así de la vida  
Al ruido y accion,  
Por campos y pueblos  
La tierra tornó.  
Tan solo el palacio,  
Del viejo mansion,  
Gozar de aquel nuevo  
Placer no mostró.  
En todo aquel dia,  
Ninguna se abrió  
De las anchas rejas  
Del muro exterior,  
Ni nadie pasando  
Vió abierto el ponton,  
Ni nadie á sus dueños  
Asomarse vió.  
Y así pasó un dia,  
Y corrieron dos,  
Y así la semana  
Completa pasó.  
Tan solo el domingo,  
Cuando el esquilon  
Del templo, á la misa  
Del alba tocó,  
Acudió á la iglesia  
Con su padre Flor,  
Y luego á cerrarse  
La casa tornó.

Tildóse en el pueblo  
De extraña aprension,  
Del viejo un retiro  
Tan nuevo: y echó  
Por muchos caminos  
La murmuracion;  
Mas de ellos la causa  
Ninguno esplicó.

Y así pasó en tal misterio  
Del verano la estación,  
Y un templo alzado al silencio,  
El palacio semejó:  
De toda amistad antigua  
Y de toda relación  
Con las gentes del lugar,  
El viejo se retiró.  
Solo salían al templo  
Con la aurora el viejo y Flor,  
Y según al encontrarlos  
Algun curioso notó,  
Iba el viejo como nunca  
Con torva faz, é iba Flor  
Tan pálida y melancólica,  
Como si en su corazón  
Llevara un grande pesar,  
O la mano del Señor,  
De una enfermedad la hubiera  
Cargado con la aflicción.

## CAPITULO VII.

## FLOR DEL ALBA.

Pasaron los ardientes  
Calores del verano:  
Del álamo las hojas  
Amarillean ya.  
Las eras están limpias  
Y recogido el grano:  
La fruta sazonada  
Para cogerse está.

De la fecunda viña  
Entre las anchas hojas,  
Crecidos los racimos  
Empiezan á pintar:  
Las uvas de los negros  
Empiezan á ser rojas:  
Los blancos, transparencia  
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia:  
De todos los lugares  
Anuncian los peritos  
Que llegan á sazón.  
Los cuébanos se aprestan,  
Se limpian los lagares,  
Se ajustan los obreros  
Que llegan en montón.

Que al suelo castellano  
Para vendimia y siega,  
En bandas numerosas  
Buscándose jornal,  
De Asturias y Galicia  
La muchedumbre llega,  
Dejando de sus riscos  
El áspero erial.

El ruido y movimiento,  
Su turba forastera  
Con danzas y cantares  
Aumenta por do quier;  
Y en tanto que los días  
De su trabajo espera,  
Se apresta á las de afanes  
Con horas de placer.

¡Oh, cuán alegre tiempo!  
No hay época mas grata  
Al corazón sencillo  
Del franco labrador:  
Ni oyeron cortesanos  
Tan dulce serenata,  
Como el lejano acento  
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!  
¡Cuán brilla en armonía  
El verde de los campos  
Con el celeste azul!  
Las noches son serenas,  
Y el resplandor del día  
Parece que se templa  
Con trasparente tul.

El aire atravesando  
Por la feraz campiña  
Cubierta de verdura,  
A los sentidos trae  
El fresco y delicioso  
Perfume de la viña,  
Y la hoja que temprana  
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura,  
Vivifica y salubre,  
De las primeras flores  
La mágica estación,  
Que la que trae Setiembre,  
Y espira con Octubre,  
De sus airados vientos  
Entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello  
Fecundo en poesía  
Y prodigo en deleites,  
Del genio inspirador.  
Sus auras son, cargadas  
De aromas y armonía,  
El soplo con que al mundo  
Anima el Criador.

¡Sí, sí: la brisa fresca,  
Fugaz, murmuradora,  
Que arranca en el Setiembre  
La postrimera flor:  
La ráfaga es que anima  
La llama creadora  
Que en nuestras almas puso  
La mano del Señor.

¡Sí, siempre fué el otoño  
Mi dulce primavera,  
De poesía y flores  
Mi prodiga estación:  
Y aspiró yo con ansia  
Su ráfaga postrera,  
Y en ella es donde bebo  
Mi nueva inspiración.

¡Sí, ven, brisa de otoño,  
Y aunque tus roncadas alas  
El arboleda yermen  
Que cobijó un eden;  
Aunque en zarzales tornes  
De mi vergel las nieblas,  
¡Oh brisa de Setiembre  
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego  
Del abrasado estío;  
Ven á mi lira muda  
Cantares á inspirar;  
Ven á rasgar las nieblas  
Do al pensamiento mío,  
El perezoso Agosto  
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo  
Los árboles despoja  
De su opulento y verde  
Y ameno pabellón,  
También es cierto, ¡oh brisa!  
Que en pos de cada hoja,  
Arrancas un instante  
De pena al corazón.

Yo siempre te he querido;  
Constante y confiado,  
Hete aguardado siempre  
Con invariable fé:  
Mil veces por tu vuelta  
Con ansia he suspirado,  
¡Oh brisa de Setiembre!  
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte  
Se esplayan mis sentidos;  
Mis labios entreabiertos  
Para aspirarte están;  
Atentos se preparan  
A oírte mis oídos,  
Y aguarda que le orees,  
Mi rostro con afán.

¡Oh! cuánto me embelesa  
Tu desigual murmullo,  
Y cuánto me enamora  
Tu vagabunda voz!  
¡Cuán dulces pensamientos  
Halagan con tu arrullo  
Mi mente, cual tú vaga,  
Y como tú veloz!

Mis ojos te imaginan  
En medio el remolino  
Que de agostadas hojas  
Y polvo desigual,  
Elevas revoltosa  
En medio del camino,  
En tosca y momentánea  
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo  
Entre la blanca tropa  
De fadas y de silfos  
Que van en tu redor;  
Las orlas arrastrando  
De tu flotante ropa,  
Y aun percibir sospecho  
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,  
Versátil, hechicera,  
Vestida de una nube  
Como tu ser sutil,  
Cabalgas en el viento,  
Emanación ligera  
De la frescura antigua  
Del bosque y del pensil.

¡Oh! cuánto me embelesa,  
De los torcidos troncos  
Mirar de una alameda  
Que á desnudarse va;  
Huir una tras otra  
Entre suspiros roncados,  
Las resonantes hojas  
Descoloridas ya!

El río que susurra  
Bajo las verdes cañas;  
El aura que se aduerme  
Entre una y otra flor;  
El sonoro arroyo  
Que corre entre espadañas,  
No igualan tus rumores  
Con su gentil rumor.

En ese incomparable  
Monótono lamento  
Con que despide el árbol  
Sus hojas, que se van;  
Con que llorando implora  
La compasión del viento,  
Que al paso le deshoja  
Sin comprender su afán:

Acaso no halla el vulgo  
Mas que el rumor penoso  
Del aire y de las hojas  
Que arrastra en pos de sí:  
Mas sus compases vanos,  
Lenguaje misterioso,  
Palabras escondidas  
Contienen para mí.

*- Esta es la canción del otoño del poeta  
que mira blanquear las siegas; es melancólica,  
es hermosa - y la mejor de esta portada -*

Sí, brisa, en tus murmullos  
Y en tus errantes giros  
Entre las secas ramas,  
Alcanzo á comprender  
De espíritus ocultos  
La voz y los suspiros,  
Con que á mi ser responde  
Su misterioso ser.

No son las mentirosas  
Efímeras visiones  
Que en tí la fantasía  
Poética fingió;  
No son las ilusorias  
Sublimes creaciones  
En que inspirada aborta  
La poesía, no.

Espíritus son esos  
Con pensamiento y vida,  
¡Oh brisa! porque siento  
Sobre tus alas ir  
Los plácidos recuerdos  
De la niñez perdida,  
Las bellas esperanzas  
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos,  
Cual vasto panorama,  
Cuanto mi ser espera,  
Cuanto en mi ser pasó.  
Delante de mis ojos  
Tu aliento desparrama  
Los íntimos deleites  
En que me embriago yo.

Las auras olorosas  
Del lujurioso Mayo,  
Mi espíritu adormecen,  
Enervan mi valor.  
Mi pensamiento embarga  
Letárgico desmayo,  
Y ¡ay necio del que entonces  
Recuerde el trovador!

Del sol de Julio el fueho  
Inspira solamente  
Al moro que dormita  
Tendido en el haren:  
Y acaso allá en América  
La perezosa gente  
Tranquila en sus hamacas  
Le gozará también.

Mas yo no cuento nunca  
Por horas de mi vida  
Las horas del estéril  
Estío asolador:  
A mí comienza el año  
Con mi estación querida.  
Yo vivo cuando mueren  
El árbol y la flor.

Yo cuento solamente  
Por horas de mi vida  
Las en que siento ¡oh brisa!  
Sobre tus alas ir  
Los plácidos recuerdos  
De la niñez perdida,  
Las bellas esperanzas  
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,  
Mi tiempo verdadero,  
Mi edad, mi primavera,  
Mi inspiración, mi Eden:  
Envidia tengo entonces  
De Píndaro y de Homero...  
¡Ven, brisa de Setiembre,  
Para mi gloria ven!

¡Mas dónde me arrebató  
Mi loca fantasía?  
¡A dónde va buscando  
Belleza y poesía,  
Perdida de los vientos  
Sobre la azul región,  
¡Cuándo la misma brisa  
Me llevará delante  
Del dulce y melancólico  
Poético semblante  
De Flor, que la respira  
Con vaga distracción?

Del muro solitario  
Abierta la ventana,  
De amor y de hermosura  
Como ilusión ufana,  
Su suave y espresivo  
Contorno deja ver:  
Y allí desde la altura,  
La distraída niña  
Aspira el aromado  
Vapor de la campiña,  
Que con las brisas viene  
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra  
Reclina, que doblada  
Mantiene su cabeza  
Bellísima inclinada,  
Con espresión tranquila  
De dulce languidez:  
Y embebecida en vagos  
O tristes pensamientos,  
Está en uno de aquellos  
Pacíficos momentos  
En que reposa el cuerpo  
Y el ánimo á la vez;

En una de esas horas  
De indefinible calma,  
En que tristeza dulce  
Nos adormece el alma,  
Y plácidos recuerdos  
Fermenta el corazón:

En una de esas horas  
De insomnio y poesía,  
Cuyo beleño blando  
En su aura nos envía  
Tan solo del otoño  
La mágica estación.

Sonrisa melancólica  
Sus labios hermosea;  
Con sus flotantes rizos  
El aura juguetea,  
Lasciva acariciando  
Su rostro juvenil.  
Mas nubla la tristeza  
Sus ojos de paloma,  
Y á sus mejillas puras  
La palidez asoma,  
Sus rosas marchitando  
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto  
Su corazón abruma:  
Tal vez alimentada  
Sin tiempo la consume  
Efímera esperanza,  
Recuerdo engañador.  
Mas niña que en sus bellos  
Abriles apetece  
La soledad, y llora,  
Medita, y palidece,  
El mal que la atormenta  
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor—del—Alba,  
Amor es quien marchita;  
Amor es el impulso  
Que á contemplar la incita  
El campo ilimitado  
Del hondo porvenir:  
Medita, y ambos ojos,  
Por la erial campiña,  
Llorando sus enojos,  
Tiende la pobre niña;  
Vese acuitada y huérfana,  
Y ansía por morir!

## CAPITULO VIII (1).

## I.

UN AÑO DESPUES.

En una estrecha, y oscura,  
Y torcida callejuela,  
De la coronada villa  
Por dó Manzanares lleva  
Su corriente tortuosa,  
Tan pudibunda y modesta,

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevedo.

Que mas que el agua del río  
Se ve del fondo la arena:  
En una calle, dijimos,  
Por lo estrecho, callejuela,  
Y mas oscura y torcida  
Que el laberinto de Creta,  
Hay una casa, de pobre  
Aunque muy limpia apariencia,  
Que parece de artesanos  
Acomodada vivienda;  
Mas la gente que la habita,  
Tal vez por causas secretas,  
Al trato con sus vecinos  
Con tanto tesón se niega,  
Que las comadres del barrio,  
Aun las mas duchas y arteras,  
Que á descifrar un enigma  
Al diablo se las apuestan,  
Averiguar no han podido  
Qué gentes serán aquellas;  
Y eso que ha ya mas de un año  
Que á fijarse allí vinieran.  
Un viejo son y una joven,  
Segun los curiosos piensan  
Del andar y la apostura  
De los dos, cuando á la iglesia  
Parroquial, por las mañanas  
A misa van; mas no aciertan  
A descubrir ni su clase,  
Ni sus medios de existencia,  
Ni sus rostros, que embozado  
El en una capa negra,  
Y ella en manto muy cumplido  
El talle y la cara envuelta,  
Jamás vislumbrar dejaron  
Mas que un ojo y media ceja:  
—Y esto es lo que á las comadres  
Mas enfada y desespera.—  
Y ensartando á troche y moche  
Mil conjeturas diversas,  
Hay quien supone al anciano  
Personage de gran cuenta,  
Que disfrazado se encubre,  
La ley temiendo severa,  
De algun horrendo delito  
Por evitar la sentencia.  
Quién dice que es un avaro  
Recien venido de América,  
Que oculta inmensos tesoros  
Bajo hipócrita pobreza;  
Y no falta quien de espía  
Acusándole, asevera  
Que fué un tiempo muy su amigo  
Allá en la corte de Viena.  
Y aquí es de escuchar el coro  
De las maldicientes viejas,  
Que en los dos desconocidos  
Su impotente saña ceban;  
Y ensalzando al rey Felipe  
Hasta la azulada esfera,  
Juran con ardiente rabia  
Contra la gente tedesca.  
Mas las opiniones todas

En una cosa concuerdan;  
Y es que al dejar al anciano  
Por su joven compañera,  
Todos suponen á una  
Que debe de ser muy fea,  
Y pues que va tan tapada,  
Al menos bisoja ó tuerta.  
Juicio comun de los hombres,  
Que creen que les hace ofensa  
Quien oculta propias cuitas  
De iniferencias ajenas,  
Y van culpando soñadas  
Con calumnias verdaderas.

## II.

## EL ENCUENTRO.

Desempedrando la calle,  
En una andadora yegua  
Que del Betis cristalino  
Nació en la verde ribera,  
Cuando el moribundo rayo  
Del sol se vislumbra apenas,  
En los extremos remates  
De las mas altas veletas,  
El dios Marte en la apostura,  
Si de bondad no tuviera  
Clara expresion amorosa  
Su pálida faz morena,  
A trote largo va un mozo  
De veintiocho años á treinta:  
Y al desusado ruido  
Que al chocar sobre las piedras,  
Producen las herraduras  
De la trotadora yegua,  
Acuden á sus balcones  
En ruidosa competencia,  
Hombres, mujeres y ancianos,  
Y chiquillos y mozuelas.  
Mas no mira el pasajero  
Que causa gran estrañeza  
En el apartado barrio  
Su noble y marcial presencia;  
Y en pensamientos profundos  
Sumida el alma, las riendas  
Sobre las trenzadas crines,  
Al aire flotando sueltas,  
Va cruzando cual si el sino  
Dirigiese su carrera,  
Estátua ecuestre animada  
Por la circunstante escena.  
Mas al pasar por delante  
De la misteriosa puerta  
De aquella casa, que escita  
Curiosidad tan intensa,  
A una exclamacion gozosa  
Que pronunció una voz tierna,  
Lleno de asombro el viandante  
Alzó la noble cabeza;  
Y mientras con diestra mano

El brioso animal refrena,  
Las espesas celosías  
Por atravesar se esfuerza,  
Con miradas que un abismo  
De indómito amor revelan.  
Entreabrióse la ventana,  
Y mas hermosa que estrella  
Que al triste náufrago anuncia  
El fin de horrible tormenta;  
Mas plácida que la luna  
Cuya blanda luz riecia  
Sobre las olas de un lago  
En noche clara y serena;  
Mas bella que la esperanza,  
Y como la dicha bella,  
Asomése un breve instante  
Una mujer; la sorpresa  
Embargó la voz del mozo  
Un punto, mas luego: "¡Es ella!  
Esclamó:—la celosia  
Cayó; mas una ligera  
Señal de la hermosa joven,  
En su sencillez compleja  
Dijo al mancebo: "No tardes  
En volver, que aquí te esperan.  
Y en el lenguaje espresivo  
De su mirada resuelta,  
Contestóla él: "No haré falta."  
Y clavando ambas espuelas  
En los lucientes hijares  
De la trotadora yegua,  
Va por la calle torcida  
Corriendo á toda carrera.

## III.

## LA CITA.

Cubre la tierra y los aires  
De temerosa pavora,  
La tétrica soberana  
De las tinieblas profundas,

Entre apinados celajes  
Que con su sombra la enlutan,  
Y sin una sola estrella  
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,  
Cual la llama moribunda  
De distántísimo faro,  
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate  
Sobre su lecho de plumas;  
Y en su mal jergon el pobre,  
Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga,  
Del frio y de la hambre ruda,

Y al despertar ¡infelice!  
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,  
Y ni una mosca nocturna  
Viene á turbar con su vuelo  
Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,  
Por la callejuela oscura  
Sube un hombre, con pisadas  
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa  
Casa, al llegar á la altura,  
Paróse la sombra viva  
En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas  
Tinieblas que lo circundan,  
Mirar pudiesen sus ojos,  
Y librarle de sus dudas;

Desembozóse, apoyando  
Contra la pared vetusta  
Los hombros, mientras las manos  
Con suma destreza pulsán

Una española vihuela;  
Y con voz de gran dulzura,  
Tal de la noche callada  
El hondo silencio turba:

"Flor-del-Alba, encantadora,  
Que escedes en hermosa  
La del dia;  
Oye, del alma señora,  
El canto de mi amargura  
Y agonía.

Despierta, señora mia,  
Oye el acento angustiado  
De mi queja;  
O muerto me hallará el dia,  
Contra los hierros clavado  
De tu reja;

Despierta, mi bien..." Y el canto  
Del enamorado espira;  
Que en lo oscuro,  
Con crudo, zeloso espanto,  
Moverse otra sombra mira  
Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,  
Y requiriendo la espada  
Decidido,  
Va mas ligero que el viento,  
Contra la sombra callada,  
Sin ruido.

"¿Quién va? quién es él? qué busca?  
Pregunta la voz sonora

Del amante;  
—Pregunta es esa muy chusca,  
Señor Don Pedro; en mal hora  
Vuestra errante

Estrella os trajo á mi nido,  
Que yo dia y noche velo  
Mi tesoro.  
Y cuidad, que no descuido,  
¡Sino guardo con desvelo  
Su decoro!

—Su padre seréis, sin duda,  
Y á tal nombre mi coraje  
Me abandona:  
Por eso mi lengua muda  
No responde á vuestro ultraje. . . .  
—Quien blasona

Como vos, de bien nacido,  
De valiente y generoso,  
No así artero  
Del enemigo dormido. . . .  
—¡Sellad el labio injurioso,  
Caballero!

Si entre las sombras oísteis  
Cantar sentidas endechas  
A mi amor,  
Nunca acusarme debísteis,  
Ni herirme así con sospechas  
De traidor.

Solo vos teneis la culpa  
De este arrojado temerario  
Que os aira:  
Sirva á mi alma de disculpa,  
Este volcan incendiario  
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte  
A Flor-del-Alba, os lo juro  
Por mi nombre;  
¡Que nada puede la suerte  
Contra el amor firme y puro  
De tal hombre!

—¿Os jactais de caballero,  
Y así labrais el desdoro  
De una dama,  
Sin averiguar primero,  
Cual cumple á vuestro decoro,  
Si ella os ama?

¡Oh Don Pedro! sois muy mozo,  
Mas yo á vuestra edad tenia  
Mas prudencia:  
Y os declaro sin rebozo. . . .  
—¡Perdonad al alma mia  
Su impaciencia!

¡Oídme solo un instante,  
Y os dolereis, es seguro,  
De mi amor!